

**“La vida forma, y la vida que forma
no es cosa de palabras sino de hechos,
es un hecho.”**



15 ¡Qué bien, tantas vacaciones!

¿Por qué los maestros tienen tantas vacaciones? Claro, debido a los alumnos. Pero ¿y por qué los alumnos tienen tantas vacaciones? No, no es por el amor de nuestros antepasados hacia los niños, tampoco para que se pudieran ir a veranear al mar. Cuando se instauró la escuela pública, la sociedad europea era fundamentalmente agraria. La escuela liberaba entonces a los niños puntualmente, pues se les necesitaba para realizar las tareas del campo. En primavera: para abonar y sembrar las tierras. En verano: para recoger el heno y más tarde, para cosechar los cereales; en otoño: para recoger frutos y hortalizas. Y en invierno no había vacaciones, sino únicamente algunos días libres alrededor de la Navidad. Por supuesto que ni se hablaba de las vacaciones de “deporte”. Cuando comencé mi trabajo de maestro de primaria en 1954, en una pequeña comuna rural, sólo tenía dos semanas libres en el verano: una “para recoger el heno” y la otra para la “cosecha del cereal”. El presidente de la educación decidía, a corto plazo y de acuerdo con los pronósticos del tiempo, cuándo tendrían lugar.

Y ahora, por gracia o desgracia, tenemos trece semanas de vacaciones, mismo si los alumnos ya no tienen que participar en los trabajos agrícolas. Con razón nos envidian todos, pues gozar de tantas vacaciones es una suerte fantástica (que no conocen otras profesiones). Nos podemos recuperar del trabajo agotador, preparar el próximo trimestre y dedicarnos intensamente a nuestros hobbies o actividades de esparcimiento.

¡Dedicarse a los pasatiempos durante las vacaciones que paga el estado! Esto desagrada a los que no enseñan. Pero se equivocan, ya que esto es por el bien de sus hijos.

En ninguna otra profesión, la vida personal tiene una repercusión tan directa sobre el trabajo, como en la labor del enseñante. No se trata solamente de dar cursos con la ayuda de materiales didácticos. Si lo hiciéramos, la enseñanza estaría muerta. En calidad de maestro, debemos representar o significar algo para los alumnos, en múltiples ocasiones, debemos ser sus interlocutores, sus referencias o ejemplos y sus motivadores. Esto es posible si hemos podido ampliar a lo máximo nuestro horizonte y ahondar a lo sumo los temas que nos interesan. Por eso, para los alumnos no es bueno si los jóvenes maestros enseñan sólo durante unos pocos años. A mayor edad y cuanto más intensa haya sido nuestra vida, hayamos conocido, practicado y estudiado más cosas, nos será más fácil sacar provecho de la sabiduría y de los conocimientos que hemos acumulado. Todo maestro que imparte clases con gusto, sabe que su vida entera, todas sus actividades, todo lo que realiza, lee, recoge y crea forma parte de la verdadera preparación de sus cursos. Constituye la base para una preparación específica relacionada a sujetos o lecciones determinadas.

La suma de los conocimientos básicos es ilimitada. Si se le compara con lo poco que se puede transmitir y adquirir en la escuela, es como una gota en el océano. No veo por qué motivo ese poco debería de ser el mismo para todos los alumnos. Sólo una pequeña parte de ese conocimiento amplio que nuestros planes educativos preveen abarcar, es necesario para su vida futura y se puede estandarizar. En cambio, casi todo lo demás da igual. No importa *qué* cosa aprenden los alumnos, sino *cómo* lo aprenden y si en el intento de aprender van a desarrollar al máximo sus capacidades y talentos.

Para ello, sólo hay que desear que cada maestro convierta sus propias aficiones, aquellas cosas que él comprende a fondo y que lo apasionan, en objeto de enseñanza. Un apicultor podrá tratar de manera particularmente convincente el tema de las abejas en la clase de biología. El aficionado de astronomía podrá crear un vínculo con su especialidad al abordar diversos temas de ciencias naturales. El aficionado de plantas pondrá mayor énfasis en la botánica que el apasionado de serpientes. Aquél que pinta, escribe poemas o canciones podrá aprovechar sus actividades para enriquecer sus lecciones.

Claro que no todas las aficiones son de igual utilidad en la escuela. No tengo nada en contra de la enología, pero digamos que un apasionado de historia local podrá darle mayor uso a su afición en sus cursos. El campo de los intereses y actividades particulares que se pueden explorar y realizar con pasión, es muy amplio. Algunos de estos intereses y ámbitos de conocimiento son capitales para la existencia intelectual y social del ser humano y por eso tienen, tanto

para la educación como también para el maestro, un significado particular. Opino que estos son: la filosofía (incluida la teología), la psicología, la historia, la política, el arte y la música. Si uno no se interesa básicamente por ninguno de esos ámbitos, no debería de ser maestro.

Considero que *ocuparse de arte es*, por dos motivos, una actividad imprescindible para un enseñante:

Primero, porque todo aquél que se ocupa de arte desarrolla y afina su propia sensibilidad, es decir, su percepción y su capacidad de hacer un juicio en el ámbito intelectual y espiritual. La sensibilidad es una medida para la espiritualidad desarrollada. Como maestros nos incumbe ayudar a los alumnos en el desarrollo de su propia espiritualidad, y sólo desarrollando la nuestra, lo podemos lograr. Pues nadie puede dar más de lo que tiene.

Segundo, el que se ocupa seriamente de arte encontrará un *tesoro* inmenso y una fantástica *diversidad de expresiones intelectuales* y con ello, al fin de cuentas, encontrará al ser humano; sí: al Ser por antonomasia. Para una persona, este encuentro es uno de los más enriquecedores que pueda tener. Si un maestro entiende algo del arte, aprecia y ama las expresiones artísticas, aspirará inevitablemente a que sus alumnos saquen provecho de su riqueza interior.

Adquirir *un conocimiento específico del arte* precisa, sin embargo, estudios científicos y de ello no se trata aquí. En este contexto, se trata de vivencia, de dejarse enriquecer por lo que las obras de arte nos aportan, de aprender a emitir juicios y a separar lo que vale de lo que sólo es apariencia y de poder reconocer así lo que es puro engaño – o sea, convertirse en alguien que aprecia el arte. Los *conocedores de arte* son expertos. Los que *aprecian el arte* son coleccionistas apasionados, son lectores comprometidos y críticos al mismo tiempo, son los que compran cuadros, los que asisten a conciertos, teatros, exposiciones. Son también aquéllos que, por puro placer, cogen un pincel o un lápiz o practican con regularidad su instrumento sin pretensiones. El maestro comprometido se alegra de poder pertenecer a ese grupo de personas que aprecian el arte. En todo caso, esto le permitirá afinar su estimación cualitativa y se notará en varias disciplinas o al elegir un tema, y se verá también a nivel de sus exigencias.

Esta unidad que hay entre la vida privada y la profesional de un maestro es también en gran parte la base para el estado psicológico más importante de una persona trabajadora, a saber: la *alegría*. Los maestros debemos emplear toda nuestra energía para ejercer nuestra profesión con alegría. Es conveniente para nosotros, ya que sin ella nos agotaríamos y nos enfermaríamos. También es conveniente para los alumnos, pues si trabajamos con alegría, la reflejamos y

la transmitimos a los demás. No hay nada mejor que el poder acudir a las clases de un maestro que enseña con alegría.

El desarrollo de la alegría depende de otros dones que posee el ser humano: la *fantasía* y la *creatividad*. Cuanto mejor logra desarrollar un maestro estas dos capacidades e integrarlas en su labor educativa, mayor será la alegría que le procure su trabajo.

Los maestros creativos y llenos de fantasía se frustran: con el material ya preparado que es demasiado perfecto y restrictivo, con el sistema educativo, las carpetas con hojas de trabajo y los controles de calidad estándar. A mayor experiencia, un maestro se atribuye el derecho de introducir en sus lecciones más ingredientes personales. Mismo si para un enseñante puede resultar práctico copiar un ejercicio lingüístico de algún libro, su satisfacción será mayor, si él mismo escribe el ejercicio para sus alumnos. Ya que lo podrá hacer “a la medida” y corresponderá así, al nivel de comprensión de sus alumnos, además, podrá integrar en su ejercicio algún tema que estén tratando en ciencias.

¿Por qué no habríamos de poder dar a leer - en las lecciones de literatura - nuestros propios textos con los cuentos que hemos inventado, los recuerdos de infancia, las descripciones de viaje? Si un alumno ve que a su maestro le causa placer escribir, eso será muy positivo a la hora de escribir una composición (o como se le quiera llamar). Las fantásticas posibilidades de las computadoras y procesadores de texto facilitan enormemente esta tarea de escritura.

¿Y, qué diríamos de una pequeña representación teatral en la escuela? Escribir escenas y diálogos que corresponden a los alumnos que van a desempeñar el papel causa alegría. Todos tienen derecho a debutar, a acumular experiencias y a perfeccionarse. No debemos pretender ser un Cervantes desde el inicio.

Tampoco debemos pretender ser un Mozart al tratar de componer una pieza musical. Deberíamos simplemente tratar de componer una melodía con su letra para luego ensayarla con la clase. Pero tampoco hay que ser intransigentes y tratar de introducir únicamente nuestras propias creaciones.

Nuestra propia capacidad de creación también dispone de un amplio campo para manifestarse en disciplinas como: las manualidades, el dibujo, la gimnasia, la decoración ambiental, sin olvidar en la manera de concebir cada lección. Cuanto mejor logremos desarrollar nuestra creatividad en el marco del trabajo educativo, más nos acercaremos al ideal de realizar con alegría nuestra labor de maestros.

Ahora, es posible leer todo esto y encontrar que hay algunas ideas bue-

nas pero, a pesar de ello, seguir fracasando. Al fin de cuentas, el éxito no sólo depende de la cantidad de conocimientos, habilidades, ideas brillantes e ideales que uno tenga; tan importante como todo esto es encontrar la *fuerza para perseverar*. El conocimiento y el uso de sus propias fuerzas es una cuestión de supervivencia.

Todo aquél que maneja este tópico debe observar también su propia manera de vivir: ¿Cómo manejo mi propia psique? Esto es algo muy personal y no puede haber, por lo tanto, respuestas generales al respecto. Cada uno debe encontrar su camino. Pero permítanme, a pesar de todo, darles algunas pautas y sugerencias:

Así como en la educación hay medidas contraproducentes y otras favorecedoras, en el campo de la “higiene mental” es bueno, por una parte, *protegerse del robo de energía y por otra parte procurarse posibles fuentes de energía*.

Lo que roba mayor energía es el ajeteo constante, el hacer todo de prisa. La velocidad y el hacer varias cosas a la vez para ser expeditivo, es un grave error. Otra cosa que sustrae energía es el ruido: la música siempre y a toda costa para acallar el tránsito, las máquinas y hasta el silencio... El consumo es otro factor que roba energía así como todas las posibles adicciones. Tal vez hoy día nos caracterizamos más por lo que no hacemos que por lo que hacemos.

Opuestamente, algo que procura energía es el silencio. A partir del silencio brota todo: el conocimiento de sí mismo, el ánimo para decidir, el estímulo para las actividades. El silencio se puede – afortunadamente aún – encontrar al aire libre, en el bosque, al aislarse dentro de sus propias paredes, en una iglesia o en un templo. El silencio se logra a través de la meditación. A las personas religiosas esto las lleva a orar.

La hermana del silencio es la tranquilidad, la concentración y dedicación a lo que amamos. El que cultiva aficiones o *hobbies* toma fuerzas. Y el que encuentra en sus aficiones lo esencial, se vuelve prolífico. Con el arte, el hombre trata de encontrar lo esencial y de expresarlo.

Y sobre todo, las fuerzas se agotan con las peleas, y al contrario, se regeneran con la armonía común. No podemos pretender ser fuertes sin buscar estar en paz con el prójimo.

Les deseo unas vacaciones reparadoras.